

El nuevo orden mundial a partir del 11 de septiembre

HUGO FAZIO VENGOA
LUIS ALBERTO RESTREPO
DIANA ROJAS

Tras haber ocurrido los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, y las reacciones del gobierno norteamericano frente a ellos, varios de los investigadores del lepri dedicados a la cuestión internacional, se reunieron en una sesión especial a analizar la situación, y las principales derivaciones de tales acontecimientos, sobre la base de la información disponible. Se trató de una sesión informal, grabada por la Unidad de medios de comunicación de la Universidad, para ser transmitida, y conservada en videocassette. Por considerarlo de importancia, transcribimos ese intercambio, con la espontaneidad con la que se produjo; tras una ligera labor de edición para hacerlo apto para el lenguaje escrito, lo estamos ofreciendo a nuestros lectores. Junto con otro de los artículos que aparece en este número, el de Eric Lair, creemos que el presente diálogo ofrece elementos para la comprensión del actual contexto internacional (N. del E.).

Diana Rojas: Empecemos nuestra charla haciéndonos la pregunta sobre cómo interpretar los acontecimientos del 11 de septiembre, las consecuencias que tienen en el escenario internacional y la posibilidad de que impliquen una reconfiguración del orden mundial.

Luis Alberto Restrepo: Sin duda, hay un nuevo orden internacional en gestación. Tras la caída del muro de Berlín y de la Unión Soviética, Bush padre había anunciado un orden mundial que significaría paz, democracia y libre mercado en las economías más fuertes, mientras el sur quedaba abandonado a la ley de la selva. Sin embargo, faltaba un enemigo claro que permitiera trazar una línea divisoria entre "buenos" y "malos", y organizar un sistema mundial de amigos y enemigos. Tras los acontecimientos del 11 de septiembre, Bush hijo trazó la frontera entre "los que están con nosotros" y "los que están con el terrorismo". Pero hay que señalar que tanto el

campo de los amigos como el de los enemigos es muy singular; yo diría que el campo de los amigos es inédito en la historia reciente, mientras que el de los enemigos es nuevo en la historia humana en general.

El campo de los amigos, en primer lugar, ha cambiado la tradición del siglo XX. Hasta septiembre pasado, Estados Unidos aparecía como una nación invulnerable, lo que había favorecido su unilateralismo en las relaciones internacionales, particularmente durante la década de los noventa. Tras los atentados, se ha puesto al descubierto su fragilidad. "El rey está desnudo". Por tanto, el unilateralismo norteamericano está puesto en cuestión. En segundo lugar, el campo de los amigos de Estados Unidos es difuso e inestable. Lo conforman muy diversos círculos, con muy diversos grados de adhesión. Gran Bretaña es el aliado incondicional, seguida de una OTAN limitada por ciertos condicionamientos de la Unión Europea, y de

ahí hacia adelante hay muy diversos círculos de países, cada uno con un diverso grado de adhesión a la convocatoria de Washington, hasta llegar tal vez al círculo más externo en donde están, hasta el momento, Irán y Siria. En tercer lugar, todo el sistema convencional de defensa y todos los armamentos que se desarrollaron para las guerras entre Estados a las que estábamos acostumbrados, han quedado de repente reducidos a la inutilidad. El gran despliegue militar-televisivo que estamos viendo, es una guerra impotente contra un enemigo difuso y difícil de ubicar. Además, sospecho que este despliegue militar tendrá efectos contraproducentes. Pero de eso podríamos hablar después a propósito de los resultados de la guerra en Afganistán.

El campo de los enemigos es aún más singular, y rompe la tradición de todas las guerras conocidas. El enemigo no es un Estado, ni una alianza de Estados, y, sobre todo, no se ubica en un territorio. La guerra de los aliados contra el Afganistán de los talibanes es apenas un esfuerzo por identificar un enemigo volátil, cambiante y huidizo. En realidad, ni siquiera sabemos si Bin Laden participó efectivamente en los atentados de septiembre. Los aliados se enfrentan ahora a vastas organizaciones privadas, integradas por pequeños grupos fuertemente compartmentados y dispersos por más de cuarenta países, incluyendo a los mismos Estados Unidos, Gran Bretaña y el resto de Europa occidental, aunque seguramente articulados a través de modernas y flexibles redes de comunicación. Sus armas son escasas, por no decir nulas. Su fuerza radica en la imaginación, la coordinación, la audacia y la sorpresa. Y lo más sorprendente: para estos enemigos, la muerte es un triunfo. Eso quiere decir que ningún tipo de amenaza policial o militar está en capacidad de disuadirlos.

Hay, pues un nuevo sistema mundial de amigos y enemigos, pero es un orden difuso y confuso. El campo de los amigos, más allá del reducido círculo de los dos aliados incondicionales, tiene una

amplia aureola de aliados inestables, que pueden cambiar de bando según el desarrollo de los acontecimientos. El centro del círculo –Estados Unidos– se ha mostrado íntimamente vulnerable, y todo su sistema de defensa ha quedado desuetos; más aún, puede resultar contraproducente. Entre tanto, los enemigos no tienen ni rostro ni lugar, no necesitan de armas sofisticadas y, sobre todo, no le temen a la muerte.

Hugo Fazio: Yo creo que es difícil ante la inmediatez del fenómeno hacer una lectura del significado del cual este evento se hace portador. Una comparación con otro gran acontecimiento ocurrido hace poco más de diez años, tal vez pueda mostrarnos algunas particularidades. Creo que en ningún caso puede compararse el ataque a las torres a la importancia que como evento revistió la caída del muro de Berlín. Este era un acontecimiento que se hacía portador de un antes y un después. Cerraba un ciclo al propiciar el fin de la guerra fría, la finalización del conflicto este-oeste, la desaparición de la Unión Soviética, etc. Al mismo tiempo era un acontecimiento que traía en sí la carga simbólica del después: fue un acontecimiento que nos sincronizó en el movimiento envolvente de la globalización. En ese sentido, nos ubicó en un tiempo mundial. Creo que el ataque a las torres se asemeja más a un acontecimiento como fue el asesinato al archiduque en Sarajevo en 1914 que, como tal, no explica la primera guerra mundial pero fue la chispa que la detonó. En este sentido soy de la opinión de que este acontecimiento, el ataque a las torres, es uno cuyas consecuencias no vienen dadas por él mismo sino por la respuesta que asuman los actores ante los ataques. Y de ahí que me parezca muy interesante tratar de analizar lo que ha sido la reacción del gobierno norteamericano, el primer afectado por este ataque. Y creo que uno puede distinguir aquí dos tipos de consecuencias, unas eminentemente inmediatas que trae el evento en sí, y otras que son las reacciones asumidas por el gobierno. Creo que de

las reacciones asumidas por el gobierno norteamericano, tuvimos la posibilidad de observar tres posturas: en un primer momento, vimos a un gobierno norteamericano dominado por la emotividad del momento y por el discurso de los halcones que querían realizar una represalia inmediata. Ante el carácter difuso que presentaba el enemigo, obviamente no era posible una retaliación inmediata. De ahí que se invocara el capítulo quinto del tratado de la OTAN, que considera que el ataque contra un país miembro de la OTAN es un ataque contra todos los países miembros de la organización. Con esta segunda actitud se buscaba la solidaridad de todos los países de la OTAN. Esta segunda postura obviamente demostraba que la primera no tenía mayor sentido. Y cuando se optó por recurrir a los dispositivos de seguridad de la OTAN, surgió inmediatamente otro problema: una reacción en estos términos podría interpretarse como un choque de civilizaciones, y esa era una de las cosas que se quería evitar. De ahí que se optara por una tercera postura que se cristalizaba en la necesidad de buscar otro tipo de apoyos sobre todo de los países árabes y musulmanes y de la comunidad internacional en general, razón por la cual se insistió en el aval que le pudiera brindar la ONU. Un aval que, como pudimos observar, estuvo mediado por el pago atrasado que tenía Estados Unidos con esta institución desde hace muchos años. Cuando se asume esta tercera estrategia, se está tomando conciencia de una realidad mundial totalmente diferente a la anteriormente deseada por las autoridades norteamericanas. La única manera de asumir el desafío planteado por el ataque consiste en reconocer que Estados Unidos es un país que vive en un estado de interdependencia, es decir, es un país que ya no puede por sí solo, de manera unilateral, seguir tratando de resolver los problemas que lo afecten directa e indirectamente, sino que tiene que convocar y participar con la comunidad mundial en la resolución de este conflicto. De esta tercera postura se

deriva un conjunto de consecuencias que podemos resumir en los siguientes puntos: de una parte, con este acontecimiento el terrorismo internacional se ha convertido en un tema fundamental de la agenda mundial. Se debe prever el efecto de demostración que este evento pueda llegar a tener en este mismo grupo o en otros análogos que recurran a acciones similares. En este sentido creo que el terrorismo puede convertirse en uno de los principales "enemigos" de la comunidad internacional. En segundo lugar estamos comenzando a asistir a un fortalecimiento de los Estados policiales. Ante la importancia que adquieren los temas de seguridad, el principal mecanismo de respuesta consiste en acrecentar los dispositivos de seguridad, y ya podemos observar que en Inglaterra se está buscando crear ciertos mecanismos que permitan incluso detener a personas que no han sido procesadas. En tercer lugar, la inseguridad reinante en la vida política norteamericana está dando lugar a un reordenamiento de las políticas de seguridad. Creo que este tema va a evolucionar muy sensiblemente en los próximos años. Y por último, se asiste a un nuevo intervencionismo del Estado en la economía que podrá tener como una de sus principales consecuencias el dejar completamente atrás la etapa neoliberal de la globalización. Esta idea además se ampara en el presupuesto de que si la seguridad se convierte en el tema número uno, sólo el Estado puede deparar la seguridad. Empezamos a observar unos Estados que se vuelven más intervencionistas, destinan mayores recursos a la economía, como es el caso del Estado norteamericano y tienden a privilegiar los temas de seguridad incluso por las anteriores interdependencias económicas que eran tan caras al presidente Clinton.

Diana Rojas: Respecto al significado de los acontecimientos, me parece que los atentados del 11 de septiembre ponen de presente una dimensión de la globalización que no se había hecho suficientemente visible: la de la seguridad. Hasta ahora, la globalización había sido pen-

sada fundamentalmente en términos económicos; la atención había estado centrada en los flujos financieros, en la apertura de las economías nacionales hacia los mercados internacionales, en los procesos de integración regional. Ella se pensaba igualmente en relación con el ámbito cultural y los cambios tecnológicos, a través de la difusión de información y de modos de vida por los medios de comunicación que forman una gran telaraña en todo el planeta. Los atentados y las reacciones subsecuentes nos han puesto de presente que, en adelante, la seguridad ya no puede ser entendida como una seguridad meramente nacional, circunscrita a las fronteras territoriales, en donde el Estado es el principal responsable por la seguridad a sus ciudadanos. En adelante, las amenazas a la seguridad han adquirido dimensiones globales, resultado de la creciente interdependencia entre las sociedades. Es también en virtud de esta última que las respuestas frente a este nuevo tipo de amenazas requieren acciones concertadas, de negociación y de cooperación no sólo entre los Estados, sino entre otros actores, tanto internacionales como transnacionales y locales. Lo que estaríamos viendo en este momento es la configuración de una verdadera agenda de seguridad global que tan difícilmente se había comenzado a vislumbrar en los años anteriores en medio de la celosa defensa de sus soberanías por parte de los Estados. Hace diez años se pensó que la Guerra del Golfo inauguraba un nuevo orden internacional; sin embargo, ese evento no tuvo el impacto que en su momento se pensó que tendría, en buena medida porque se trató de una guerra convencional que en realidad no puso en cuestión el esquema de defensa norteamericano, ni la noción de seguridad imperante en el mundo hasta ese momento. Los recientes acontecimientos cambian los esquemas de interpretación y las estrategias de seguridad. Estamos ante un conflicto que tiene características definitivamente distintas no sólo por la clase de enemigos que

enfrenta y por la manera de conducir la guerra, sino además por el sentido que adquiere un conflicto que se desarrolla en vivo y en directo frente a una audiencia planetaria. De cierto modo podríamos decir que después de los "gozosos" llegó la hora de los "dolorosos" para quienes proclamaban las bondades del nuevo orden y se beneficiaban de ellas: pobreza, profundización de las desigualdades y extensión de la inseguridad serían la otra cara, los tristes costos de una globalización que prometía prosperidad y progreso en el nuevo siglo.

Luis Alberto Restrepo: Yo quisiera subrayar que, independientemente del curso que siga la respuesta norteamericana, el compromiso militar contraído por Estados Unidos en Afganistán tiene ya consecuencias irreversibles. Suponiendo que Washington obtuviera una victoria —que pudiera detener o dar muerte a Osama Bin Laden y que derrocara el régimen de los talibanes— esto traería muy posiblemente, como ya aconteció en el año 98, una mayor legitimación de la corriente radical islámica y una expansión del terrorismo.

Ya en 1998, tras los atentados realizados por Bin Laden y su organización, Al-Qaeda, a objetivos norteamericanos en Kenia y Tanzania, Estados Unidos había reaccionado atacando con misiles seis blancos de la organización, entre otras, un centro farmacéutico, campos de entrenamiento, depósitos y bases operativas. Y la consecuencia fue entonces que buena parte de la opinión musulmana empezó a ver a Bin Laden como al David que le había hecho frente a Goliat, disipó para muchos las dudas acerca de la corrección de los ataques realizados por Al-Qaeda ("La Base") e impulsó la expansión de esta organización. Yo no veo que la situación actual sea muy diferente. Muy fácilmente puede ampliar la simpatía por el movimiento terrorista. Y si, por el contrario, Estados Unidos no pudiera derrotar a Bin Laden ni derrocar a los talibanes, perdería su credibilidad y generaría una euforia de todo el campo terrorista musulmán e internacional mucho más amplia. Por esto,

yo creo que el compromiso militar en el que se ha embarcado el gobierno de Estados Unidos desde el primer momento, movido por el afán de darle una respuesta a la opinión interna en su país y por el reto de mantener su credibilidad internacional, lo lleva a un callejón sin salida. Ya sea que triunfe en la guerra o que sea derrotado, va a estimular el fundamentalismo y el terrorismo.

Y eso significa, por ende, desestabilizar aliados antiguos o recientes en una región de importancia estratégica. En primer lugar, desestabiliza al régimen de Pakistán, que, como sabemos, es inestable; de los cinco hombres que dieron el golpe de Estado que llevó al poder al actual gobierno, tres han tenido que ser depuestos porque no estaban de acuerdo con el apoyo prestado por su país a Estados Unidos. Se sospecha que en el ejército y en los servicios de inteligencia hay opositores a esa política, de tal manera que en la medida en que avanza el ataque de Estados Unidos y Gran Bretaña en Afganistán, crece también la oposición al régimen. Y no querría pensar en lo que podría acontecer si el gobierno actual fuera derrocado y el arma nuclear pakistaní quedara en manos de radicales musulmanes. En Arabia Saudita la situación es similar, y tenemos de por medio el petróleo. Esto, sin contar con el mismo Afganistán, que está en el corazón de una especie de Balcanes musulmanes, y cuya estabilidad tras el derrocamiento de los talibanes será muy difícil de mantener. Tendríamos así un espectro ya muchísimo más complejo. Y me parece que estamos al borde de esa situación. Yo creo, pues, que ya hay consecuencias irreversibles de la guerra, independientemente de las políticas ulteriores que Estados Unidos pueda adoptar. El primer paso de Bush, de declarar "la primera guerra del siglo XXI", fue precipitado, riesgoso y contraproducente para sus propósitos.

Hugo Fazio: En efecto, creo que de la respuesta que ha dado Estados Unidos en su retaliación militar contra Afganistán y Bin Laden, se desprenden algu-

nos escenarios de cuya evolución va a depender buena parte del mundo en su conjunto. A mí me parece que uno de los campos más sensibles que se observa en este plano se refiere a las transformaciones que se están presentando a nivel geopolítico. Podemos tomar algunos ejemplos para ilustrar esto: de una parte, creo que el papel de Rusia en Asia Central empieza a ser mucho mayor. Ha sido bien interesante ver la evolución de Putin, porque a diferencia de lo que fue la Unión Soviética, que era de hecho una potencia contestataria, o inclusive Yeltsin, que siempre trataba de definir una política internacional en contravía de occidente y oponiéndose a los Estados Unidos, fuese en Yugoslavia o donde fuese, Putin abandonó esa posición contestataria y ha asumido una posición más "constructiva" buscando solidarizarse con Estados Unidos. Esto, sin duda, le está deparando grandes beneficios a Rusia. La primera es que le ayuda a legitimar la guerra interna contra Chechenia, oposición que la asimila a terrorismo además del hecho de que difícilmente se va a condenar a Rusia por las violaciones de derechos humanos que puedan presentarse en este conflicto. En segundo lugar, Estados Unidos en alto grado requiere de Rusia para poder aislar y combatir a Afganistán. Ese sentido vemos a una Rusia que nuevamente intenta volcarse hacia Asia Central y ha permitido la utilización del espacio aéreo por parte de aviones norteamericanos. Entonces, estamos empezando a observar una Rusia que va a tener un papel mucho más protagónico en los sucesos de la región. De otra parte, hemos visto a una China que ha tenido una evolución bastante interesante. Los chinos han colaborado y han prestado todo su apoyo a esta "cruzada" antiterrorista porque tampoco quieren marginarse de esta región. Resulta que los chinos son el segundo importador mundial de petróleo, y una vez que el Medio Oriente se encuentre bajo la tutela norteamericana, el desenlace de este conflicto podría dar lugar a que

también el Asia Central, otra gran reserva en recursos de petróleo y gas, pueda quedar bajo control norteamericano. Entonces los chinos se ven en la necesidad de apoyar la "cruzada" para mantener una presencia en la región y que no se constituya en un arco de dominio estadounidense. En tercer lugar tenemos otros cambios interesantes en el Medio Oriente y en Asia Central. En la década de los años noventa los países de la región se definían en términos de pro norteamericanos o antinorteamericanos. Hoy día vemos que aparecen toda una amplia gama de tonalidades de gris, con países que hasta hace poco era declaradamente antinorteamericanos y ahora comienzan a acercarse. Otros que eran muy pro norteamericanos, se encuentran en una situación realmente de mucha debilidad porque tienen una presión interna inmensa, como es el caso de un país como Kuwait. En cuarto lugar, los bastiones de la presencia norteamericana en la región (Israel, Pakistán, Arabia Saudita) se encuentran en una fase de gran debilitamiento. Por último, vemos que la acción emprendida por Estados Unidos puede depararle consecuencias nefastas para su presencia en la zona, porque la manera como se está resolviendo el conflicto está aumentando el protagonismo de Rusia y China, y de rebote fortalece a Irán, país con un fuerte sentimiento anti norteamericano y debilita a sus bastiones (Pakistán).

Diana Rojas: Y dentro de esas consideraciones geopolíticas habría que ver la posición norteamericana y el debate interno que ha suscitado. Para Estados Unidos era claro que había necesidad de dar una respuesta contundente frente a los atentados; existía una presión para que esa respuesta fuera lo más pronta posible, pero, ¿qué tipo de respuesta debía dar?, ¿qué costos y qué riesgos estaba dispuesto a asumir? Resulta interesante ver cómo al interior de Estados Unidos el tipo de respuesta —así como su conveniencia— ha generado todo un debate dentro de la rama ejecutiva. Nuevamente allí, encontramos la división entre halcones y palomas, entre

sectores radicales y sectores moderados. Lo curioso en esta ocasión es que la posición más moderada, la que busca acuerdos internacionales, la que tiene una perspectiva mucho más multilateral y que de alguna manera retrasó una respuesta demasiado inmediata de tipo militar, fue justamente la liderada por Collin Powell, el experimentado militar de la Guerra del Golfo; del otro lado, los halcones han surgido del lado de los civiles con el secretario de defensa y con los asesores en esta materia en el Ejecutivo. La discusión entre estos sectores tiene mucho que ver con el cálculo de las consecuencias de las acciones que se están llevando a cabo, con el precio que está dispuesto a pagar Estados Unidos para cobrar venganza por lo ocurrido en los atentados. Pero también hay el cálculo no sólo a nivel de la región, como lo señalaba Hugo, en Asia Central o en Oriente Medio, sino también está el cálculo de los efectos domésticos que pueden tener estas respuestas que está dando ahora. Especialmente porque un imperativo para Estados Unidos desde que ocurrieron los atentados ha sido el de garantizar la estabilidad de sus mercados; por eso no ha sido extraño ver tanto al alcalde de Nueva York como al presidente Bush y a los distintos funcionarios enviando mensajes de confianza y alentando permanentemente al público norteamericano a continuar sus vidas normalmente, a invertir, a consumir, etc. Pero la estabilidad que requiere es también de carácter político. Para la opinión pública norteamericana era absolutamente necesario ver una acción de defensa por parte de su gobierno, acorde con el poderío y la importancia de la primera potencia del mundo. Una respuesta que también ha buscado disminuir esa sensación de vulnerabilidad que conocieron los estadounidenses desde ese momento. Me parece que dentro de las consideraciones que han hecho los responsables políticos en Estados Unidos, los costos respecto al sistema democrático han sido mucho menos tenidos en cuenta. Esos costos pueden resultar siendo mucho mayores que los que han acarreado los atentados de

manera directa. El recorte de libertades civiles, el retroceso en las garantías constitucionales, la invasión a la privacidad, la censura a las opiniones disidentes, el aumento en el presupuesto de defensa en detrimento de los programas sociales, todo ello en nombre de la lucha contra el terrorismo pueden, como lo señalaba hace poco el senador norteamericano Patrick Leahy, acabar de un plumazo lo que le ha costado construir a la nación norteamericana en 200 años de historia. La mayor ironía es que Bin Laden termine logrando por esta vía, e incluso sin proponérselo, ahí sí, golpear el corazón de Estados Unidos.

Luis Alberto Restrepo: Yo quisiera insistir en los cambios que se han operado. Comparto la idea de que los atentados del 11 de septiembre están desarrollando rápidamente una globalización político-securitaria a nivel internacional, que es nueva, y que toca y afecta la soberanía de los Estados en lo más íntimo de lo que constituía tradicionalmente la soberanía; es decir, el monopolio de la seguridad y la fuerza en un territorio. Ahora se va a desarrollar un sistema de fuerza, seguridad e inteligencia cada vez más compartidas.

Pero, como lo he señalado anteriormente, ese tipo de respuesta va a generar todavía más terrorismo. De tal manera que, a mi parecer, estamos entrando en un largo período muy oscuro, en una prolongada dialéctica de golpe y contragolpe entre unos aliados inestables y un terrorismo difuso, generando así una enorme inestabilidad mundial, una gran incertidumbre y un golpe indudable a la economía global.

La única respuesta sólida a este tipo de ataques es un mayor multilateralismo político y una globalización más equitativa, menos neoliberal. Creo que eso sería lo único que, en el largo plazo, podría ir aislando el terrorismo y confinándolo en espacios cada vez más reducidos. Pero no veo todavía ningún atisbo en ese sentido por parte de Estados Unidos ni de ninguna de las potencias. Me parece que su respuesta y su reflejo

inmediato es de fuerza, muy en consonancia con los desafíos del pasado. El aparente multilateralismo que está demostrando Estados Unidos en estas semanas es puramente oportunista y puntual. Paga (o promete pagarle) a las Naciones Unidas lo que le debía, condona parte de la deuda a Pakistán, levanta las sanciones a Sudán y a Pakistán, admite la represión rusa contra los chechenos, etc... Pero todo ello no significa un real multilateralismo, que requiere pactos e instituciones estables en el largo plazo. Nada de eso se está dibujando hasta el momento, e, infortunadamente, creo que pasará aún mucho tiempo hasta que Estados Unidos caiga en la cuenta de que, sin ese tipo de instituciones, para cuya construcción tendrá que hacer enormes concesiones políticas, no puede haber estabilidad mundial.

Y mucho más lejana aún veo la disposición de Estados Unidos para impulsar una globalización más equitativa en términos económicos. Pienso que el espectáculo en la guerra de Afganistán, donde lanza bombas por un lado y sacos de trigo por el otro, son la mejor demostración del tipo de política en la que está pensando. Garrote y zanahoria. No ha habido hasta el momento, que yo sepa, ninguna voz de alto nivel político que se cuestione más profundamente sobre el orden económico internacional.

Así que preveo un largo período de respuestas exclusivamente retaliatorias y represivas por parte de las potencias, que va a suscitar más bien una mayor radicalización de algunas corrientes islámicas y de otros terrorismos internacionales, con lo cual entraríamos en un período supremamente confuso, oscuro y dramático. Ojalá algún día Estados Unidos llegara a considerar unos compromisos políticos más amplios y una globalización económica más equitativa.

Hugo Fazio: Yo creo que una de las cosas que los dirigentes y la opinión pública de los Estados Unidos ha aprendido es que "ese oasis de paz y tranquilidad", "ese paraíso" en que soñaban que vivían quedó irremediablemente atrás. Y creo

que lo que demuestra un poco la lógica de las acciones emprendidas por el gobierno de este país, es que el destino de Estados Unidos se encuentra íntimamente asociado al del resto del mundo, y por tanto, no obstante el hecho de que en un primer momento la retaliación sea militar, resulta que los problemas no se resuelven en este plano. Y creo que, tanto en Estados Unidos como en otras partes están empezando a surgir otras voces que demuestran que éste no es solamente un problema de combatir a Bin Laden. Estados Unidos lo demonizó mucho antes de que se supiera de su participación, e igualmente se condenó a Afganistán mucho antes de que se supiese que Bin Laden estaba en efecto en Afganistán. El gobierno de Estados Unidos necesitaba una serie de subterfugios que le permitiesen actuar de manera rápida y enfática, pero ahora se empieza a tomar conciencia de que el problema va mucho más allá de eso. En el fondo, estamos asumiendo que el mundo está compuesto por comunidades que ya no están aisladas unas de otras, sino superpuestas, y que las respuestas a los problemas involucran a todo el mundo. En el fondo creo que el problema solamente se puede atacar por medio de una respuesta global a los problemas generales del Medio Oriente y de Asia Central. En ese sentido estaría plenamente de acuerdo con quienes opinan que con una actitud militarista no se llega a ninguna parte, porque el caldo de cultivo para que surjan grupos análogos sigue subsistiendo. De esto tal vez podemos sacar algunas buenas lecciones. Yo creo que lo que tenemos que hacer, si los mismos dirigentes norteamericanos no lo hacen, es contribuir a la toma de conciencia de que todos hacemos parte de un mundo interdependiente. Creo, aunque pequeño optimista, esa podría ser una de las consecuencias más positivas de estos dramáticos actos terroristas.

Diana Rojas: Sin embargo, justamente y a propósito de eso, uno podría indicar cuál es la capacidad de adaptación que tienen las sociedades y los grupos hu-

manos al cambio, y me parece que este evento lo pone de presente. Podemos identificar allí muchas inercias: por ejemplo, la primera respuesta que da Estados Unidos es de carácter militar, era para lo que estaba preparado. Su ejército estaba pensando en un enemigo visible que pudiera encontrar en un campo de batalla, había diseñado su estrategia respecto de unos escenarios previamente establecidos, y de pronto se encuentra en una situación completamente inédita; sin embargo, la respuesta es la que ya estaba prevista: no hay ni el tiempo ni la capacidad para evaluar qué tan diferente es el escenario presente. Y entonces es sobre la marcha que comienza a ajustar su estrategia, a veces de manera torpe, otras veces con cierta capacidad de proyección. Por eso también la dificultad para prever qué es lo que va a suceder en el futuro; casi cada acción, cada paso, y la subsecuente reacción, van redefiniendo en permanencia el panorama. Eso hace también más difícil la tarea para el analista. Lo cierto es que son justamente acontecimientos como éstos los que ponen de presente qué tanto ha cambiado no sólo el escenario internacional de la posguerra fría sino también las sociedades mismas y la manera de verse, de relacionarse entre sí, y de percibir los profundos cambios de la última década. Ello plantea desafíos en todos los campos: ¿Cómo pensar en adelante una seguridad a escala global, una seguridad de carácter humano, en donde ya no sea la seguridad territorial de los Estados y de los ciudadanos que viven en él la preocupación central, sino la seguridad de los individuos y de las comunidades humanas dentro de la cual entra toda esa consideración acerca del bienestar, la democracia, la prosperidad en el mundo?. El bienestar ya no puede ser el de una comunidad nacional, tiene que ser el bienestar para el conjunto del planeta, justamente por la inestabilidad, los conflictos y el autoritarismo que suscitan situaciones de tan profunda desigualdad e injusticia como las que se han

producido hasta ahora. Se acabó la seguridad de los archipiélagos de prosperidad y estabilidad en medio de los océanos de subdesarrollo y violencia; ahora empezamos a ser conscientes de que todos vamos viajando en la misma nave especial llamada planeta tierra.

Luis Alberto Restrepo: La respuesta militar en curso es anacrónica. Era adecuada para un combate entre Estados con territorios bien delimitados, el cual no es el caso. Es muy probable que se esté librando otra guerra, invisible, de inteligencia y policía a nivel internacional; una guerra que no vemos ni vamos a ver y, que, además, será en muchos aspectos encubierta. Esos dos tipos de respuesta, tanto la policiva como la militar, pueden ser relativamente necesarios pero son altamente insuficientes, y pienso, como ya lo he dicho, que tienden a producir efectos contraproducentes.

Por ahora la respuesta militar está confinada en el corazón de la Eurasia, en Afganistán y su entorno. Pero, me pregunto: ¿Qué interés puede tener Estados Unidos en otras regiones del mundo, y en particular en América Latina? ¿Esa respuesta, qué tanto puede estarse presentando también en América Latina?

Hugo Fazio: En la coyuntura observamos un cambio en las prioridades de política exterior de Estados Unidos. Unos temas que eran importantísimos ayer, hoy día han pasado a segundo plano. Hace poco tiempo el presidente Bush afirmaba que no hay mejor amigo de Estados Unidos que México. Hoy día resulta que su gran amigo es Gran Bretaña. Simbólicamente esto demuestra que América Latina ha desaparecido casi totalmente de la agenda internacional de Estados Unidos. Incluso es muy ilustrativo el hecho de que en el momento de los ataques en Estados Unidos se encontraba el ministro de Hacienda argentino solicitando un nuevo préstamo para cancelar los intereses de su inmensa deuda externa. Simplemente no fue recibido. Entonces, yo creo que de hecho se está asistiendo a unos cambios de prioridades en materia de política

exterior. Algunos de sus anteriores enemigos, la gran "amenaza amarilla", resulta que hoy son declarados amigos (China). Rusia, otro potencial enemigo, hoy por hoy también ha sido elevado al rango de los amigos. Es decir, en el momento actual asistimos a unos cambios muy vertiginosos en materia de política exterior, y creo que con esto América Latina va a quedar en un lugar bastante bajo en la agenda.

Diana Rojas: Sin embargo, y en esa preocupación por los efectos que puedan tener conflictos en otras partes del mundo, yo creo que de todos modos, incluso antes del 11 de septiembre, Estados Unidos ya estaba muy inquieto, por ejemplo, por el conflicto interno colombiano, y por su amenaza a la seguridad regional; ahí ya había una percepción de los efectos que pueden tener los conflictos internos para el contexto de la región y para los intereses nacionales norteamericanos. Me parece que esa conciencia de interdependencia ha ido creciendo; aunque en este momento está muy centrada en Eurasia, tarde o temprano los países occidentales volverán los ojos hacia otras regiones en donde los conflictos permanezcan o afloren. El proyecto de Bush frente a América Latina, la integración económica regional a través del ALCA será relevado por un proyecto securitario en el que el tema del conflicto armado colombiano estará incluido junto con el de drogas y el de migraciones.

Luis Alberto Restrepo: Yo no tengo claridad sobre el punto. Desde luego, la primera preocupación de Estados Unidos está centrada en este momento en Afganistán y su entorno, y en todo ese difícilísimo equilibrio geopolítico en la región, y, por supuesto, en la amenaza interna que le significa el terrorismo de origen musulmán. Pero no estoy cierto de que puedan dejar de lado otros enemigos potenciales. Ya tuvieron la experiencia de haber dejado prosperar la organización de Bin Laden, a quien en su momento apoyaron, y no sé qué tan desprevenidos estén ante el desarrollo de amenazas similares. Entre otras cosas, porque considero que, en el

campo del terrorismo como en todos los caminos del ejercicio de la violencia, los hechos marcan hitos que otros procuran imitar y superar. De tal manera que resultaría imprudente que Estados Unidos abandonara a su suerte otros conflictos. Lo que se ve en las pantallas de televisión es la presencia monopólica de la guerra en Afganistán, pero reitero: podría ser una cortina de humo sobre lo que puede estar aconteciendo en el mundo a nivel diplomático, a nivel de policías, a nivel de sistemas de inteligencia y demás.

Diana Rojas: Además, me parece interesante que en esta guerra secreta, en esta guerra encubierta contra el terrorismo, se van a despertar muchos demonios; es como abrir la caja de Pandora. Una serie de efectos no deseados o no previstos surgirán teniendo consecuencias insospechadas. Por ejemplo, hubo una espía cubana a la que descubrieron a los pocos días de ocurridos los atentados; muy probablemente el hecho tiene que ver con ese rastreo exhaustivo de información que se hizo. Por esa misma vía, la persecución de las finanzas de los grupos terro-

ristas, el establecimiento de cuáles son y cómo funcionan las redes de apoyo, el reforzamiento de las medidas de seguridad, etc., mostrarán aspectos hasta ahora desconocidos por el público; ello no sólo con respecto a cómo funcionan las redes terroristas o la criminalidad internacional, sino a la manera como los Estados definen e implementan sus dispositivos de seguridad; muestra de ello es el sistema de espionaje satelital Echelon controlado por Estados Unidos. Ahí me parece que van a surgir nuevos problemas que no se pensaban y que nuevamente nos remiten a esa agenda de seguridad global. Uno de los efectos de los atentados del 11 de septiembre es que ha hecho visible que la actual no es sólo un "sociedad de la información" sino una "sociedad de control de la información". Este acontecimiento, y lo que se derive de él, nos va a mostrar de manera más clara cómo funciona el mundo en que vivimos, cambiando la imagen que tenemos de nuestra época y de nosotros mismos.

Luis Alberto Restrepo: Yo creo que con esto podemos dejar a la audiencia descansar.

